

Los ojos ya deshechos

Luis Aguilar



AÑIL SOBRE PAPEL DE CHINA

LUIS AGUILAR

(37-54 pp.)

D.R. © 2007. Luis Aguilar

D.R. © 2007. Mantis editores
General Marcelino García Barragán 1501, 1-302
Fraccionamiento Bosques del Bulevar. C. P. 45500
Tlaquepaque, Jalisco. México
Teléfono y fax: (33) 3657 7864
Correo electrónico: editorial@mantiseditores.com

ISBN 978-970-9894-33-2

DR. © 2007. Secretaría de Cultura de Jalisco
Dirección de Publicaciones
Cuitláhuac 305, Barrio de Analco. CP 44450
Guadalajara, Jalisco. México.
Teléfonos: (33) 3030 1407 y 15

ISBN 978-970-624-543-4

Impreso y hecho en México

Añil sobre papel de china

I

Si dios tiene rostro, debiera ser la copa espumosa
de aquel cedro. La placidez de no llamar cuando
responde la ventana. Sorprender al cielo
robándose algún pájaro. Ver a la cantante calva
que los deja beber sobre su mano. El olivo
huelga su inmovilidad sobre la geografía de
nadie. Todo ojo siembra en mi pupila el
desconsuelo de las vainas por afilar el viento.
¿Vivir es aspirar esta puerta ardorosa de tan
blanca?

II

Una se cansa de hacer cosas sin decirlas, como vivir la vida (que no es una manzana). Canta la muerte (ni tan pequeña, Paz, nos engañaste: inquisidor de la mirada): dos gotas construyen un derrame. Himnos volátiles, del cielo a los infiernos se escucha más que un canto. Es un crepitar constante de noche azul y puerta nívea. ¿Amar es ese ruido?

III

Única pulsión las cuatro manos. Impar el grito. Sentí vibrar adentro ojos detritos:

[cual la memoria, el amor es un invidente con bastón de esquirlas]

la herida indolora que se abría.

No tuve miedo. Pensé que era normal. ¿Así pasa siempre?

IV

Para Sugey y Rubén, uno en el amor.

Nacieron escamas a las manos, gozne que lleva y trae noches con días. Nada durmieron los aerolitos. Desde el techo, gamas luminosas descendían a las sábanas. Nos dejamos ir tras las olas: el páramo era azul, como la manta. A dos remos bogamos más adentro [mar adentro]. A ese mundo encrespado [el mar que era desierto], enorme desafío donde el amor

V

No era falso el sonrojo del durazno. No sus matices. A lo lejos, dos campanas se balanceaban de monjes. Comunión por dos caminos en uno entreverado. Lloraron sobre mi cuerpo las emocionadas yemas de tus dedos. Entraste a la pupila abierta: sacaste de los ojos mi basura (los ojos orgánicos, redivivos), inmensidad lejana de la lágrima. Vimos al tinto celebrar la campiña, amar sobre un mantel de mejillas ardorosas. Arriba, un avión trazaba cosas sobre

VI

La luz se dobla y dios, tan ignorante, piensa que
traza una frontera. Es su ojo miope. [Te equivo-
caste, señor: al centro de la tarde, oscura yo, caía.]
Se fue la luz: en la redondez del ojo [+ vencido]
el mar caía también, irremediable.

VII

Lamía en silencio ese madero, porque el farol lo
amaba, de atrás lo conocía. No fue secreto lo
que la luz desperezaba a gritos. Caían las hojas
cielo arriba, y abajo la resignación se frotaba las
manos. Se fue la tarde. (Había partido el mar, se
hacía tarde.) También me fui porque

VIII

A Alejandra Pizarnik

Era la piel que se mordía los labios. Plañidos que se comprimían en la fruta. No lo pensé (y así pasaba siempre), cogí el timón que me ofreciste (era falso, Gelman, lo sabías): le di senda al crepitar del cuerpo (yo pensaba). Y luego La cascada La confusión El precipicio (es verdad, Alejandra) : de toda pasión, una se cae sin darse

IX

Rugía un volcán en lontananza. Ceniza blanca
Velo altanero Las campanas. Otra vez las
campanas. Retratos impacientes, mis manos
pegajosas. Los ojos deshechos, cristalinos. El
globo ocular asfixia entre los dientes. La tarde
en la nevisca consumida. ¿A dónde iba el añil
aquella tarde, con esa lluvia ajena desteñida en
sus espaldas?

Rojísima era y fue la madrugada. Púrpura casi, el ojo se colgaba del alféizar: no era un cerezo. Espectacularmente (y once mil adjetivos con esa contundencia) crujieron las cenizas. Cayó al piso el incendio, vientecillo imperceptible. ¿Qué cosa fue esta quema?

A papá, por la permanencia transparente.

Soy alérgica al polvo de tus huesos, al vuelo de los pájaros, las lágrimas del humo. Al retorno de Carmen y Bizet, sobreviven tu rumor y mi destempe. La prudencia como ropaje de este amor por el cerezo frente al cristal. Soy alérgica al polvo de tus huesos. ¿Habrás de repetirme todo, siempre?

XII

Voy a rizar el mar mientras las llagas cierran.
 Buscar de las ballenas el secreto añejo que habita
 sus oídos. Me dirán que fue así: caer de la barcaza,
 hacerse al mar, abrir las piernas [en la inversión,
 el orden]. Yo seguiré peinando océanos hasta
 que se haga el trueno; hasta que algún martín
 arrase mi impaciencia. Si no, me iré con la
 tormenta entre las manos. No quiero hender
 del cetáceo las retinas. Que siga imaginando a
 los delfines saltar en medio de la casa.

XIII

Verdad el huracán: quietud la mascarada.

(
 Certeza embustera de que el diablo no existe
 porque
 ¿y aquella tarde en
 que jalamos de su cola?
)

Treinta alfileres hay, salpicados con uvas
 bicolores.

¿Qué trago empalagoso es este jugo?

XVI

Puedo alcanzar visión y ahogarla desgarrando mis retinas con las manos. A fuerza de límpida insolencia, aparecer el mar frente a mis ojos. Pero no es la pupila quien descifra. Todo tiene ocultamiento, fuga propia: algún lugar impenetrable². El ojo engaña cruel [es compasivo]: no es mi mano este puño tensado hasta la sombra, ni muerdo desde adentro las branquias agitadas.

¿Quién llama a la puerta del océano para salir a conquistar la turbulencia de mis fondos? ¿Quién rasga la esclerótica a esta puerta de añil acribillado? [El ojo es compasivo y cruel]: ¿O es mi sombra esta sombra de mi mano que engarza el arpón en mis costillas? Voy a sentarme a ver el mar mientras el día se duerme, a ver si la engañosa luz [o su marea] deshace este tumulto de aguamalas.

² Bautismo de inmensidad
es la limitación del ojo
Su grandeza misteriosa sólo un hueco
: añicos de burbujas
las ondas del camino
trituradas

por los pasos que se deshacen en medio de la tarde.